

3° PUESTO, CATEGORÍA NUEVAS GENERACIONES

La papa de mi tierra

Soy de un pueblo viejo, entre montañas viejas, por ahí pasa un río viejo de aguas que apenas se ven, pero siguen ahí, moviéndose y arrastrando todo. La situación aquí se ha vuelto difícil, el clima está muy raro, ¿quién lo entiende?, creo que mi abuelo si lo hace, pero solo lo veo hablando con el pasto, deben ser cosas de viejo.

Me voy para la ciudad, estoy cansado de todo esto, estar aquí en las montañas, lo mismo de siempre, quiero hacer algo distinto. Cuando ya me iba mi mamá me dijo:

-Mijo, ¿ya alistó todo?- repitió y repitió mi madre, como siempre.

-Sí mamá, ya tengo todo en la maleta, la plata, ropa y lo demás, no se preocupe más, por favor. Chao mamá que Dios me la cuide.

-Dios lo guarde mijo y ojo con todas esas cosas malas de las ciudades y venga, no se le olvide la bendición.

-Claro mamá casi se me olvida.

-Mijo cuando llegue me llama y antes de que se me olvide, lleve a mi papá a dónde Jacinto, para que venda la papa.

-¿Dónde Jacinto! No mamá eso es muy lejos, es por el otro lado por donde voy.

-¡No me venga con eso! Usted sabe muy bien que lo único que puede producir esta tierra es papa, lo único de donde sacamos plata.

Respiré y le dije -Está bien mamá, ya voy a recoger a mi abuelo-

Salí de la casa y subí con el carro una loma, de esas bien largas, y ahí estaba mi abuelo, agachado recogiendo las últimas papas para meterlas al costal y con eso venderlas.

-Abuelo, ¿ya metió toda la papa en el costal?

-Sí, sí mijo, ya solo me falta estas últimas.

Me quedé ahí esperando, por unos cuantos minutos, como con su pica escarbaba la tierra, para buscar cada una de esas papas que había sembrado, las recogía cada una con su mano robusta y las metía en ese saco grande de colores apagados y se veía que ya no cabía ni una más. Cuando terminó, cogí por ambos lados ese costal, y con ayuda de mi abuelo lo eché al carro.

Nos subimos al carro, cuando lo encendí, las llantas alzaron la tierra y nos fuimos por ese viejo camino para llegar al pueblo más cercano donde vivía el viejo Jacinto.

-¿Mijo para dónde va usted?

-Voy para la ciudad.

-¿Y eso?

-Quiero algo distinto, para serle sincero abuelo, estoy cansado de esto, del frío y de la tierra, de lo viejo y su olor, quiero algo distinto y quiero hacer algo diferente que cultivar papa.

-Pues mijo, el cultivo de papa no es cualquier cosa, es el trabajo de mis papás, y de mis abuelos y ya hace mucho tiempo que pasó eso.

-Entiendo eso abuelo, pero...

-Déjeme contarle una pequeña cosa, ahí para olvidar el tiempo.

Mi abuelo de su saco cogió una papa, agarró un cuchillo, la partió en la mitad y me dijo:

- Yo no sé muy bien desde cuándo estamos aquí en estos lotecitos, ni quién fue el primero en llegar, pero sí le puedo decir que mi familia ha vivido en estas montañas toda su vida, ¿ve está papa? Pues esta papa es mi trabajo, mi vida, mis hijos y mis padres, con ellas crecí y yo las hago crecer, cada una de estas distintas papas, tan viejas como esas montañas o tan pequeñas como tú, son de estas tierras, son mi comida y la tuya también.

El nombre de esta papa kusi k'achun waqachi, tiene el nombre de tu tío y como esta hay tantas con distintos nombres, tantos como lo son las personas en la ciudad. Cuando nace una nueva, las nombro como si fueran mis hijos, las cuido y respeto ¡incluso más que a mis propios hijos! Que tu mamá no escuche esto, porque luego ¿Quién se la aguanta? Cómo decía son mis hijas y también soy el hijo de ellas, pues crecí con su alimento que me dio fuerza para seguir camellando.

Cuando aún el gallo está dormido me levanto para trabajar la tierra, cada día nace una nueva, y estas papas son especiales, aguantan de todo, casi como la espalda de mi viejo, ese viejo... él me dejó un trabajo, un trabajo que aún no termino, proteger a estas papas, a esas que salen de la tierra, cientos de ellas, cada una diferente a la otra, como todos en esta tierra, únicos, con rostros y sabores diferentes, pero bellas y con los mejores sabores que hay, como las canciones de los grillos, son gente que no han olvidado el camino que recorrieron los de antes. Con mi pica hago surcos en la tierra, mis manos por el trabajo se me ponen negras, escarbo la tierra y echo las semillas de esas papas, y lo hago porque sé que resistirán de todo, soportarán el odio del clima, y de esos que lo alborotan, pues son esos los que comen de esa papa mala, débil y sin esfuerzo.

Yo no dependo de ellos, de lo que yo como viene de mis manos, llenas de tierra, todo esos cultivos de esta tierra son míos y vivo de ellos aunque a veces, solo a veces, cambio semillas y otras cosas con los vecinos, sé que ellos al igual que yo tienen un trabajo, mantener viva la herencia de los

padres que no hemos olvidado, sus nombres viven en las papas que producimos, que comemos a diario y respetamos como si estuviéramos hablando de nuestros propios padres.

Aquí en estas montañas cuidamos la papa, hago que la gente la respete para que no desaparezcan, para que los demás no las olviden, es mi trabajo, es mi vida y es lo que me dejó mi padre.

-¡Mijo! Mijo es aquí, ve le dije, el tiempo pasó y ni nos dimos cuenta.

-Perdón abuelo, olvidé que era aquí.

-Bueno mijo que Dios me lo bendiga, y que le ayude a encontrar más camino para que siga caminando, aunque es difícil de ver en la ciudad, si el sol que la alumbra descolora la tierra.

Samuel Rodríguez Ballesteros, estudiante de 11°